EL EXTRAÑADOR

No era una mañana cualquiera. Se levantó y miró la taza de café como quien la ve por primera vez; su color azul y amarillo. Sus flores estampadas sobre la loza. Se quedó ensimismado mirándola y preguntándose si era cierto que esa taza de café pertenecía a su vida. Salió de casa y su vecino de enfrente, como siempre, lo saludó al coincidir en el ascensor. Miraba ese rostro tan fijamente que el vecino se extrañaba de su actitud; la cara del hombre que tenía un bulto sobre el ojo; ese tumor con el que siempre iba desde hacía veinte años y que ahora a él le había parecido todo un descubrimiento. Esa mañana cada cara conocida le parecía un rostro extraño . Pensaba que vivía con gente a la cual miraba día tras día de una forma superficial y que, cuando realmente su mirada se había detenido en ellos, le resultaban completamente desconocidos. Ese día extrañaba su taza del desayuno, a su vecino de enfrente, incluso a su mujer e hijos. Después del trabajo en la oficina, llegó a casa y vio un rostro embadurnado con una mascarilla y con grandes rulos en el pelo; era su mujer desde hacía veinte años y jamás la había percibido así. Su voz aguda, que le decía que tenía que comer rápido porque sino iban a perder el autobús, le resultaba, al pensar en ella, de un color completamente nuevo. Era como si la oyese por primera vez. Esa jornada vio el mundo como si hubiese sido creado en ese mismo día,

desde un gran abismo; como lo ve un autista. Cuando llegaron a su casa, por la noche, su mujer le dio las buenas noches y lo despidió nombrándolo. En la cama, a oscuras, comenzó a pensar en su nombre. Comenzó a extrañar su nombre y a pensar en sí mismo; en su rostro, en su voz, en su ropa. Tenía la sensación de estar mirándose por primera vez desde una mirada ajena. La vida, así, resultaba una existencia ciertamente extraña. Ese día se había convertido en un extrañador. Había compartido uno de los misterios de los que se compone el arte.